

LA CONQUISTA: CHOQUE Y FUSIÓN DE DOS MUNDOS

Wigberto JIMENEZ MORENO

AL SOBREVENIR la Conquista de Tenochtitlan, ocurre uno de los más trascendentales episodios en la historia de la humanidad. En esos momentos, el Imperio mexicana es el más poderoso estado en Mesoamérica, la región, entre todas las del continente americano, que alcanzó el más grande desarrollo cultural, como lo comprueban, por ejemplo, sus sistemas de calendario y escritura. El mundo hispánico, por otra parte, está regido entonces por Carlos V, que acaba de ascender al trono del Sacro Imperio Romano Germánico y que, a partir de entonces, empieza a ser considerado como el más potente soberano de Europa. Así, cuando Moteczuma recibe amistosamente a Cortés, o cuando más tarde pelean sin descanso Cortés y Cuauhtémoc, entran en contacto pacífico primero, y después en conflicto, el más poderoso imperio del continente americano, y el más poderoso imperio de toda Europa.

Ambos estados son plenamente imperialistas: España se lanza más allá de las Columnas de Hércules en inauditas aventuras ultramarinas, con un atrevimiento que pasma a los pueblos occidentales; en su escudo figura la leyenda *Non plus ultra*; proclama que no hay nada que pueda detener el arrojío hispánico, y de su soberano, "Carlos de Europa", habrá de decirse más tarde que "en sus dominios nunca se pone el sol". España combatirá fieramente, con crueldad y heroís-

mo, por la realización de ideales nobles y por la posesión de riquezas mezquinas: algunos capitanes, como Cortés, querrán imitar las hazañas de César; otros habrán nutrido su imaginación en la desbocada fantasía de aquellos mismos libros que quitaron el seso a Don Quijote y, en tierras de América, buscarán a las amazonas y a la reina California, o irán en busca del “dorado”, de la “fuente de la juventud eterna” o de las “siete ciudades de plata”. Muchos conquistadores, tornados pronto en encomenderos, no levantarán sus ojos más allá de la codicia voraz de la riqueza, y en su persecución desatentada cometerán abusos y crímenes como los que cuenta la “leyenda negra”. Otros hombres, en cambio, inflamados del amor a Dios y al prójimo, como dignos herederos del espíritu de San Francisco de Asís, abrazarán, misericordiosos, a los indios, y los protegerán contra los desmanes de sus opresores, serán sus maestros y, deseando conocer el fondo de su alma, aprenderán su lengua, se interesarán por sus costumbres, y mejorarán su nivel de vida, guiados a veces por el secreto deseo de hacer realizables en América las utopías renacentistas con que soñaba Europa. Todas estas diferentes especies de españoles estarán, cada quien a su manera, imbuídos de un claro sentido misional: todo pueblo imperialista se siente investido de una alta misión, que debe cumplir: la de España consistirá en prolongar en América el espíritu de cruzada con que luchó fieramente contra los infieles durante los siglos de la Reconquista, y en arrasar los templos de las deidades paganas para elevar sobre ellos la cruz de Cristo. El galardón para esta hazaña —piensan los frailes— sólo podrá recibirse en el cielo, mientras que los conquistadores se apresuran a cobrarlo en oro

o en plata como justa recompensa —así lo entienden— de sus esfuerzos, que han preparado el camino para la difusión del cristianismo.

En igual manera, el pueblo mexicana fue un pueblo imperialista, y, como tal, sintió también sobre sus hombros la tarea de realizar una empresa mesiánica. Para huella indeleble de sus victorias, incendió los teocallis de las poblaciones conquistadas, y estableció sobre ellos —aunque sin proscribir el culto de los dioses antes allí adorados— el santuario en que se celebraban los ritos sangrientos de Huitzilopochtli. Éste, cuyo nombre equivale a “colibrí siniestro”, había sido un hechicero y caudillo, después deificado, pero muchos lo consideraban como un dios que encarnó. A semejanza de Moisés, que condujo a su pueblo hasta la tierra prometida, Huitzilopochtli encabezó en sus comienzos la “peregrinación azteca”, y los sacerdotes-caudillos que le sucedieron llevaron ésta a su término, allí donde el águila que devoraba la sierpe, posada en el nopal, en un islote yermo del gran lago de México, señalaba el asiento de Tenochtitlan, la ciudad que —según profetizaban los mitos— sería “el lugar de encuentro y de espera de las gentes de los cuatro rumbos”, es decir, la encrucijada de los mundos. Esa ciudad se llamó México porque fue dedicada a *Mexitli*, que no es sino el propio Huitzilopochtli. Y este terrible “colibrí siniestro”, este dios de la guerra implacable que exigía sacrificios humanos en una escala nunca antes, quizá, conocida en la historia, aparece precisamente en el escudo de armas de Tenochtitlan convertido en águila, pero suplanta allí a la serpiente el símbolo de la guerra —hecho de “sangre e incendio”— y le sirven de alimento al dios, en vez de las tunas que da el nopal, los

corazones, palpitantes aún, de las víctimas sacrificadas. La ciudad de Huitzilopochtli creció con ímpetu incontenible, hasta transformarse en un gran imperio, del mismo modo que Roma se ensanchó desmesuradamente hasta formar el Imperio romano. El soberano tenochca aspiraba a convertirse, como lo aclara el Dr. Caso, en "*Cemanáhuac Tlàtoani*", es decir, en "Emperador del Universo".¹

Sus súbditos rebasaron los confines de las montañas próximas, irrumpieron amenazadores en todos los valles circundantes del árido altiplano, y descendieron vertiginosos, como jaurías de coyotes famélicos, hacia las tierras fértiles que poseían los costeños, allá en los paraísos veracruzanos, hasta alcanzar, en los años del terrible Ahuízotl —a través de las zonas tehuana y chiapaneca— las fronteras actuales con Guatemala. Sus victorias fueron el premio de penalidades sin cuento, arrostradas con ánimo inquebrantable al atravesar lo mismo las sierras escarpadas que las intrincadas selvas. Millares de mexicas sucumbieron, estoicos, en porfiadas luchas, sin exhalar una queja, mas los supervivientes vengaron sus muertes con una crueldad que hizo espantoso y funesto el nombre de Tenochtitlan. La recompensa de los bravos guerreros fueron las piedras preciosas y las plumas ricas, y al poderoso monarca que regía el Imperio Tenochca tocaron todas las incalculables riquezas que tributaron los pueblos avasallados. Así, en los tiempos en que apareció Cortés, el esplendor en que vivía y señoreaba Moteczuma sólo podría

¹ Acerca de la verdadera significación del escudo de armas de Tenochtitlan y sobre el imperialismo tenochca véanse dos trabajos del Dr. Alfonso Caso: su monografía de 1927 *El Teocalli de la Guerra Sagrada*, y su discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Historia: *El Águila y el Nopal*.

encontrarse en una corte oriental, y el poderoso monarca mexíca estaba convirtiéndose —como los faraones egipcios— en imagen viva de la divinidad, en un soberano sagrado e intocable.

DOS PUEBLOS de invencibles guerreros se hallaron frente a frente. Los mexícas, impelidos por su fiero espíritu militarista, tenían detrás de sí la cauda de sus constantes victorias. Los españoles traían consigo todo el ímpetu de la cruzada en que vencieron a los moros, y los inflamaba la ambición fáustica, insaciable, de los hombres del Renacimiento, de aquellas gentes que vivieron con una tensión dinámica de que dan fe, en Italia, la acometiva estatua ecuestre del Colleoni o la conturbada expresión del David de Miguel Ángel, y en España las tallas escultóricas de Berruguete, donde hasta el abrazo de dos personajes más bien parece una lucha entre atletas.

Mas no se trata sólo de dos pueblos que, por sí mismos, simbolizaban cada uno el mayor poderío que entonces se hallaba en América y en Europa. El Imperio mexíca y el Imperio español eran también los heraldos y los adalides de dos culturas y de dos mundos: de un mundo oriental y de un mundo occidental, que se cruzaron y fundieron en nuestro México. Las culturas americanas tuvieron en este continente su desarrollo, y aquí se produjo la majestad de Teotihuacán y el refinamiento barroco de los mayas, pero los más antiguos pobladores vinieron del Asia, del Extremo Oriente, y existen analogías sugestivas entre elementos culturales de esas tierras asiáticas y otros de acá, de este Nuevo Mundo. España y su cultura, por otra parte, se nutrieron antaño de la vieja cultura medite-

rránea, cuyos orígenes remotos se hallan en Creta y en la Grecia clásica, y que con Roma alcanzó su expansión máxima; pero también arraigó en la península ibérica la cultura musulmana, que se extendía entre capitales tan distantes como Córdoba y Samarcanda, y que tuvo en Damasco y en Bagdad —la de las *Mil y una noches*— el punto de arranque de su ascenso cultural. España misma era ya, como México, una encrucijada: allí se encontraron el oriente islámico y el occidente cristiano.

Se advierten semejanzas notables entre España y México. Uno y otro son países de grandes contrastes, que favorecen manifestaciones culturales en que priva lo paradójico. Uno y otro son países que la topografía desune y desarticula, fomentando así la aparición de culturas regionales y la presencia de grupos heterogéneos. En España, la porción atlántica, como en México la que ve al Pacífico, es el área más conservadora y castiza, mientras que el Levante español, como nuestra Costa del Golfo, es la región más abierta a influencias extrañas y también la más progresista. Y así como los pueblos del Cercano Oriente explotaron la riqueza minera de España en el primer milenario antes de Cristo y los fenicios tuvieron en Gades —llamado hoy Cádiz— la clave de su Imperio, así más tarde España explotó las ricas minas de plata de México y de otros países americanos, y tuvo, en nuestra patria, a Veracruz, como una puerta de entrada. En fin, así como los romanos unificaron a España, dividida hasta entonces entre numerosas tribus, así los españoles, a su vez, unificaron a México. Si la huella de Roma fue decisiva en la península ibérica, la de España en México no lo ha sido menos. Sin embargo, la trascenden-

cia histórica del Imperio mexíca no puede ser olvidada; así como el Imperio romano hizo posible la rápida difusión del cristianismo, del mismo modo el estado que los aztecas forjaron con impulso mesiánico permitió la rápida difusión del catolicismo.

Dos mundos, pues, se hallaron frente a frente. Eran dos mundos extraños, que provenían de orígenes diversos. Entre ambos se abrían profundos precipicios, pero había también analogías numerosas, que sirvieron como otros tantos puentes para salvar esos abismos. Hubo, al entrar en contacto, una pelea continua, pero también un constante abrazo. Y de ese forcejeo entre amoroso y hostil, ha surgido México. A la dureza del mexíca se sobrepuso la del castellano, pero el paisaje semiárido de la altiplanicie de Anáhuac conquistó definitivamente a los conquistadores, venidos de las arideces de Extremadura o de Castilla. De allí, de la unión indisoluble de lo indígena y lo hispánico, ha surgido la rica cultura mexicana. En el siglo xvi se produjeron los primeros contactos y comenzó la integración de esta cultura hispano-india.

Mas el contacto inicial, en el que el español forzó al indígena con lamentable violencia, ha dejado un trauma perturbador en el espíritu del mestizo, proveniente de ambos. Para neutralizarlo y alcanzar su salud psíquica, debe este último —siguiendo la terapéutica de la confesión y del psicoanálisis— reconocer, resignado, ese pecado de origen, y reconstruir los procesos mentales desintegradores que de él se derivaron, para escapar de ellos, aceptar que es el hijo conturbado e inquieto de dos esposos desavenidos —distinto, sin embargo, de ambos, y sólo igual a sí mismo— y sentirse el orgulloso heredero de dos cultu-

ras nobilísimas que en él combaten y se funden para forjar ese milagro, esa maravilla dulce, fascinadora, enigmática y terrible que se llama México.²

² Véanse otros trabajos nuestros, por ejemplo el intitulado "Preservación y fomento de la cultura regional", en *América Indígena*, 1948.